

«Ni con palo ni con rejo»

Sobre la erradicación del castigo físico en las familias. Una perspectiva bíblica.

Rev. Harold Segura

«La paz y la guerra empiezan en el hogar»

Teresa de Calcuta

Hace dos semanas tuve el grato honor de compartir en San Salvador el estrado de los oradores con la doctora María Victoria de Aviles, magistrado de la Corte Suprema de Justicia y ex procuradora de los Derechos Humanos de El Salvador. Ella, consuma elocuencia, disertó acerca del aporte de las iglesias en la construcción de una cultura de paz. Al final de su conferencia, cuando se abrió la oportunidad para las preguntas del público, un pastor hizo una solicitud: Doctora, dijo él, «por favor haga uso de su autoridad para que no progrese el proyecto de ley que prohíbe a los padres castigar a sus hijos». Y agregó con tono angustiada: «Se imagina usted el deterioro de nuestra sociedad si los padres dejamos de castigar a los hijos?».

Tuve la tentación de pedir la palabra para aclararle a la magistrada que la solicitud no representaba el pensamiento de todos los pastores. Me contuve, primero por ser extranjero; segundo, por no correr el riesgo de comprobar si me encontraba entre la minoría del grupo. La verdad es que muchos de los pastores y líderes eclesiásticos claman por la vigencia del castigo. Un ejemplo de ellos lo tenemos en las declaraciones ofrecidas por el prestigioso obispo de Canterbury, George Carey, padre de cuatro hijos, quien declaró estar de acuerdo con usar «una ligera bofetada». No hay nada malo en ello, dijo el máximo jerarca de la Iglesia Anglicana, «siempre que se haga con amor y firme disciplina».

Ni con Palos ni con rejo

Seamos sinceros: la autoridad que usa la violencia para imponer la razón es de frecuente «práctica cristiana» y ha sido sustentada por cierta teología que ha encontrado en la Biblia su mejor aliada. Se cree que Dios, soberano del Cielo, ha delegado su autoridad a los padres y gobernantes y que estos, en legítimo uso de sus «facultades divinas», pueden usar el castigo físico en procura del orden, la disciplina y el cambio. Teología heredada desde hace muchos años, desde cuando se dice que «Dios no castiga ni con palo ni con rejo». Es decir, el «palo y el rejo» son para los padres y los castigos más crueles para Dios.

Quienes así piensan encuentran en la Biblia su soporte. Dios, dicen estos, es especialista en torturas y castigos. En el libro de Proverbios se lee que el Señor

«a quien ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere» (3.12).

Además, dicen, sobran las pruebas de su afición al castigo: infligió disciplina sobre su pueblo Israel dándole el desierto por patria y enviándoles imperios enemigos para que los oprimieran. Los envió al exilio, lejos de su tierra, para que sufrieran la pena de su desobediencia y así aprendieran el camino de la humildad. Y por si fuera poco, cuando Dios castiga guarda el rencor por varias generaciones, como lo prueban las palabras del profeta Jeremías cuando dice que el Señor castiga

«la maldad de los padres en sus hijos después de ellos» (Jer 32.18).

Estos y otros textos bíblicos han sido leídos para justificar el maltrato físico como hecho educativo. Siempre se leen bajo la premisa de que golpeando se educa, o que maltratando se forma para la vida. Es una premisa cultural que se une en santa alianza con una teología fundamentalista y una interpretación bíblica literal. Mezcla maléfica que ha deformado el verdadero sentido de la fe y ha servido a los intereses de una sociedad

represiva y violenta. ¡La historia da cuenta de muchas vergüenzas! De cómo esta fe ha amparado la violencia de los conquistadores, la invasión militar de los imperios, la crueldad para con los herejes, las «políticas de seguridad» de algunos dictadores llamados cristianos, en fin, la violencia convertida en «acto sagrado». Hemos padecido esta fe sin dejar que la Biblia diga su palabra. Ella ha guardado silencio en medio del bullicio de sus intérpretes.

La primera tarea será, entonces, leer la Biblia con nuevos ojos; con los ojos de Jesús. Leerla a partir del amor, la justicia y la paz como valores cardinales del Reino de Dios. La fe cristiana tiene como Señor y modelo a Jesús de Nazaret. Su vida, su ejemplo y sus enseñanzas son el referente fundamental para la interpretación de las Escrituras. Y Jesús, al leer las páginas del Antiguo Testamento, privilegió el *criterio ético y moral*. Guiado por este criterio rehusó someterse a ciertas tradiciones religiosas de su tiempo (Mt 15.10- 20), repudió las antiguas leyes sacrificiales (Hb 10.1-7) y rechazó el cumplimiento literal de muchos preceptos considerados divinos (Mt 5.38-42). Razón tiene el apóstol Pablo al decir que Jesús fue una «piedra de tropiezo» para quines aferrándose a la ley desconocían el principio del amor (Ro 9.32).

Hoy, al soñar con la construcción de una cultura de paz urge buscar el legado pacificador de la Biblia. Ella es un manual maestro de diálogo, de comprensión mutua y de respeto. Ha servido como motor de revoluciones sociales que reivindican el lugar de los más débiles y dignifican el valor de los seres humanos creados a «imagen y semejanza» de Dios. Así lo comprendieron entre muchos otros Catalina de Siena en su servicio compasivo a los pobres y enfermos de su Italia nativa; Dietrich Bonhoeffer en su labor por salvaguardar la vida de los judíos perseguidos por el régimen nazi; Martin Luther King en su

Ni con Palos ni con rejo

defensa de los derechos civiles de los negros en el sur de los Estados Unidos; Oscar Arnulfo Romero en su lucha a favor de una vida digna y en paz para los más salvadoreños más pobres, y Teresa de Calcuta en su afán por irradiar a Cristo entre los cuerpos desechos de los enfermos. Entregaron su vida por el Reino de Dios, que es reino de paz y de justicia.

¿Cuál es, entonces, el mensaje de la Biblia en cuanto a la educación afectiva y la disciplina con ternura? ¿Cuáles son las pautas que se pueden derivar de una «nueva lectura de la Biblia» para desarrollar modelos de crianza que prescindan del abuso de la violencia física y verbal? Propongo la lectura de un texto bíblico a partir del cual se puedan organizar algunas ideas preliminares respecto al tema de la disciplina basada en el diálogo, la responsabilidad, la instrucción amorosa y la educación positiva. El texto se encuentra en el evangelio de Lucas (2.41-51) y narra la angustia de María y de José ante la pérdida de Jesús en Jerusalén. El evangelista al presentar el suceso deja constancia de la angustia de Maria, de la incertidumbre de José y de la «travesura» de Jesús a los doce años.

La familia estaba en Jerusalén, asistiendo como todo judío piadoso a la celebración de la fiesta de la Pascua. Jesús era un menor de edad: contaba con un año menos de la edad oficial para ser considerado adulto, que era, según la tradición, trece años. La fiesta había terminado y ellos habían iniciado el viaje de regreso. En medio de la aglomeración de las caravanas sucedió lo inesperado: el niño se extravió. La pareja anduvo un día entero pensando que Jesús iba allí, entre la multitud de peregrinos, pero al darse cuenta de su ausencia, retornaron a Jerusalén para buscarlo. Consternados preguntaron por él entre sus familiares y amigos sin que ninguno diera razón de dónde se encontraba el niño. Después de tres días de zozobra lo

encontraron en el templo, sereno, seguro de sí mismo y sin el más mínimo rastro de preocupación. Estaba sentado entre los maestros, aprovechando la ocasión para escucharlos y plantearles preguntas de «muchachito precoz». La descripción que hace Lucas acerca de la posición de su cuerpo confirma la total calma de Jesús, estaba «sentado», como sólo lo podían hacer los maestros de la época: preguntaba, escuchaba y también respondía a las preguntas que le hacían produciendo admiración por la inteligencia de sus respuestas. Ya podemos imaginar el desconcierto de José y María. Ahora dejemos que el evangelio mismo nos presente el cuadro del encuentro:

⁴⁸Cuando lo vieron sus padres, se quedaron admirados. --Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? --le dijo su madre--. ¡Mira que tu padre y yo te hemos estado buscando angustiados! ⁴⁹¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que tengo que estar en la casa de mi Padre? ⁵⁰Pero ellos no entendieron lo que les decía. ⁵¹Así que Jesús bajó con sus padres a Nazaret y vivió sujeto a ellos. Pero su madre conservaba todas estas cosas en el corazón. ¹

¡Qué escena más extraordinaria! Razones tuvieron los maestros para asombrarse con la inteligencia de Jesús y razones nosotros para admirarnos con el modelo educativo de José y María. Ella, llevada por su impulso afectivo le reclamó que se hubiera portado de esa manera y le hizo saber que lo habían buscado con angustia. Nada de gritos, ningún maltrato y menos un golpe a pesar del sobresalto. Las emociones se expresaron con honestidad y responsabilidad. No se inhibieron con la impasibilidad estoica, pero tampoco estallaron sin más para dar

¹ Todas las citas han sido tomadas de la Nueva Versión Internacional. Sociedad Bíblica Internacional, 2002.

Ni con Palos ni con rejo

rienda suelta a la rabia y al dolor. Obsérvese también que quien habló fue la madre. Este es un hecho llamativo por ser aquella una sociedad en la que por lo general era el varón el dueño de los reclamos y el árbitro y juez de la disciplina de los hijos. Ante el reclamo responsable de María, Jesús respondió. Lo hizo con claridad y sin esconder sus nuevos intereses al acercarse a los trece años. Había aprendido a expresar sus puntos de vista aunque no coincidieran con los de los padres. Con absoluta confianza les habló de la prioridad de su vocación suprema: «tengo que estar en la casa de mi Padre» (2.49). ¿Cómo recibió estas palabras José, su padre putativo? El evangelista, de manera escueta, dice que ni él ni María «entendieron lo que les decía» (2.50). El episodio termina con el regreso de Jesús a Nazaret junto a sus padres. Y se agrega que «vivió sujeto a ellos» (2.51). Son varios los patrones que se destacan en la llamada «sagrada familia» en cuanto a su modelo educativo y su patrón de comunicación solidaria. Es posible ? queda demostrado por José y María? educar sin maltratar, disciplinar sin violentar, reclamar sin herir, afirmar la autoridad sin acudir al autoritarismo, atender sin sobreproteger, instruir sin destruir, comunicar la fe sin fanatismos y fomentar la autodisciplina y la libertad sin desconocer el valor de los límites. Esta es la forma más adecuada de contribuir al desarrollo integral de los seres humanos. No es casual que al final de este relato de Lucas se diga que «Jesús seguía creciendo en sabiduría y estatura, y cada vez más gozaba del favor de Dios y de toda la gente» (Lc 2.52).

La Biblia, entonces, promueve la instrucción basada en valores, la educación integral sin maltrato, la enseñanza centrada en el ejemplo, y la disciplina efectiva y positiva. Son innumerables las citas que aluden a estos principios; tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se apela al amor como máxima educativa y a modelos de crianza cimentados en el diálogo, la comprensión y

el respeto mutuo. El apóstol Pablo, en una cita cumbre sobre este particular, enseña: «Y ustedes padres, no hagan enojar a sus hijos, sino críenlos según la disciplina e instrucción del Señor» (Ef 6.4). Disciplinar sin enojar es la proposición apostólica. Y tan sólo dos capítulos antes había enseñado lo qué significaba vivir de acuerdo con la instrucción del Señor (Ef 4.25-32): hablar la verdad, desechar el enojo, actuar con honestidad, dialogar con dulzura y «abandonar toda amargura, ira y enojo, gritos y calumnias» (Ef 4.31). Textos que conforman una pieza maestra de educación cristiana, que invitan, en resumen, a «imitar» a Dios y a llevar «una vida de amor» (Ef 5.1).

La solución bíblica para la disciplina familiar es de carácter educativo y no represivo. Esto se demuestra también en las formas de disciplina que Dios mismo? como Padre y Madre de Israel? escogió para disciplinar a su pueblo. Dice el salmista que Dios es «clemente y compasivo, lento para la ira, y grande en amor y verdad» (Sal 86.15). La experiencia de Israel comprobó que la disciplina de Dios era efectiva y que ayudaba a formar para la paz y la justicia. El autor de la epístola a los Hebreos lo expresa así: «Ciertamente, ninguna disciplina, en el momento de recibirla es agradable, sino más bien penosa; sin embargo, después produce una cosecha de justicia y paz para quienes han sido entrenados en ella» (Hb 12.11). La justicia y la paz como propósito; en el centro, la gracia del amor tierno y compasivo. ¿Habría, acaso, una disciplina mejor? Drinkwater, célebre educador y canónigo inglés afirmaba: «Tú educas hasta cierto punto por lo que tú dices y más por lo que tu haces, más aún por lo que tú eres; pero, por encima de todo, por las cosas que tú amas». Esta es formula cristiana para una educación positiva: diciendo, haciendo, siendo, pero, por sobre todo, amando, como Dios nos amó.

San José, Costa Rica, noviembre 10 del 2005